

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
PALMA ALTA, 32 DUPLICADO

15 CÉNTIMOS NÚMERO SUELTO

Nada de cientos ni miles
del fondo de los reptiles.

Más escuelas y canales
que toros y generales.

Las empresas ferroviarias
tendrán censuras diarias.

À CORRESPONSALES Y VENDEDORES
25 Números, 2,50 pesetas.



PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN
EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

Más pan y más azadones
que fusiles y cañones.

Abajo las cesantías
de ministros de tres días.

Ve EL QUIJOTE madrileño
todo enemigo pequeño.

À CORRESPONSALES Y VENDEDORES
25 Números, 2,50 pesetas.

NÚMERO ATRASADO, 30 CÉNTIMOS

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN MADRID...	Un mes..... 1 pesetas. » trimestre..... 2,50 » año..... 10

FUNDADOR
EDUARDO SOJO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN PROVINCIAS.	Un trimestre..... 3 pesetas » semestre..... 6 » año..... 12

LA LUCHA

¡Horrenda ley del universo entero!
¡O matar ó morir despedazado!
¡Todo es fauce! ¡hasta el labio sonrosado!
¡Presa es todo! ¡hasta el tigre carnicero!

Y en esa lucha ¿qué ventura espero?
Sucumbir, si me rindo resignado;
y, si venzo y devoro despiadado,
seguir, arrepentido, mi sendero.

¡Ah! si es fuerza, Señor, morir de frío
ó avivar el incendio; si te plugo
que haya el hombre de ser débil ó impío;

Si hay que imponer ó que sufrir el yugo,
entre verdugo ó víctima, Dios mío,
víctima quiero ser, y no verdugo!

F. BALART.

LOS HUERFANITOS

—Déjese de lamentaciones mi señor D. Quijote. Ya el duelo ha cesado para todo el mundo... menos para Tejada de Valdosera, que está el pobrete que no le llega el cuerpo á la camisa, se le antojan los huéspedes dedos y se halla en una confusión de mares... como él dirá en sus raptos de enmarañada elocuencia. Basta, pues, y no me afija más; Dios haya acogido en su seno el alma cristiana del muerto, el cual sólo ha de esperar de la tierra el fallo de la Historia... y eso va para largo.

—¿Quieres que no me apene pensando en los huérfanos? ¿Quieres que esté cruzado de brazos y ocioso?

—Pero ¿qué es lo que quiere hacer vuesa merced?

—Como ¿qué quiero hacer? Cumplir con lo que manda y prescribe la Orden de Caballería á que pertenezco, amparar á esos desvalidos huérfanos. De aquí oigo voces delicadas de persona que se queja y con grande aflicción.

—Será Castelar que anuncia su obra entre pompas fúnebres. Cuidado ya quedó sin amparo y secándose las lágrimas de los ojos con la servilleta... pero déjele en su oficio de plañidera sibilitica.

—Antes pienso que los que están quejándose no son sino los huérfanos que dejó D. Antonio en el Gobierno, y entre ellos el más chiquitín, el meniñe Castellano.

—No se apene por ellos, que todos cobran, y abulta más la paga del meniñe que él, aunque se ponga de puntillas.

—Pero ¿qué va á ser de ellos? ¿Qué va á ser de los pobrecitos conservadores todos?

—¡Siempre fué candoroso vuesa merced! Tutor tienen en Atanasio Morlesin, que es chico listo y pondrá mano en el teatro Guiñol y moverá diestramente los monigotes del Ministerio; tan bien como Maese Pedro su retablo. Seguirá el plan de la obra conservadora. ¿Lo de Cuba? Concluyéndose. ¿Lo de Filipinas? A punto de arreglarse... Que tal, que cuál... que esto, que lo otro... Para todo habrá respuesta en la prensa ministerial, y así irán viviendo.

—¿Y el país?

—¡Ahi duele!... Ese sí que es el verdadero huérfano y desvalido... pero de ese no hay caballero andante que se cuide, ni voz alentosa, ni fuerte brazo, ni pecho animoso, ni heroico ánimo que hagan su defensa.

—Por Dios santo, que yo voy á hacerla, y tal, que espante.

—¿Qué va á hacer vuesa merced? ¿Otra arenga? Sacará con ella lo que el predicador en el Desierto.

—No consumas mi paciencia, Sancho.

—¿Pero quiere vuesa merced arremeter lanza en ristre contra el rebaño conservador?

—¡Quiero hablar duro y alto!

—Hable vuesa merced lo que guste, y estése hablando toda una siega ó dos, que para el caso que han de hacerle... Y pongo que le atendiesen; no son los políticos los que pueden cumplir los nobles deseos de vuesa merced por dos razones, una porque no pueden, y otra porque no les daría gana y con ésta ya dicen la más sobrada razón.

—Por el sol que nos alumbrá, que ésto por pasarlo á todos de parte á parte con esta lanza. Cumplan luego sin más réplica con el país...; si no, por el Dios que nos rige, que he de concluirlos y aniquilarlos en este punto.

—¡Facilito es eso!... Y cuando ellos se asustaren ante la amenaza, ya sabrán responder cumplidamente á vuesa merced haciendo propósito de enmienda, y luego, cuando vuesa merced hubiere vuelto la cabeza, volverán á desollar al país... y á reirse del deshacedor de agravios... El negocio no se compone con discursos.

—¿Y el país?

—¡Ah! Eso ya es harina de otro costal... Si el país recobrará bríos y se sacudiese las moscas...; pero está de tal manera desfallecido, inanimado y endeble, que más para caldos que para discursos tiene el infortunado su cuerpo.

—¡Ah, Sancho, Sancho! Pienso que te engañas, y que las artes de los malos conservadores que nos persiguen te hacen ver lo enderezado, torcido; lo blanco, negro; lo derecho, del revés... Un pueblo que calla y espera, prestando para todo, no sólo su sangre y su dinero, sino su enorme paciencia, su imponente sosiego, es un gran país... ¿Qué no hacer con una gran nación que por su deber de honra se mantiene serena ante los grandes desastres? ¿Dónde se vió, y cuándo, pueblo que ofrezca ejemplo de más varonil entereza? ¿Valen más que él sus gobernantes?

—En verdad que no. Castelar arrojó, como una damisela nerviosa, arrojó la más envidiable notoriedad, y se ha convertido en pajarraco que por un perro chico saca papelitos de adivinanza... Silvela es un bobalicón divagador que piensa que nos cautiva con sus parrafitos de retórica puída, incolora y difusa... Sagasta está á verlas venir, asistiendo á los toros desde la barrera... Los carlistas pensando que con sólo el advenimiento de su rey de baraja se responde á las exigencias de la política moderna... Los republicanos en modorra... Y los conservadores, los conservadores que ahora...; siguiendo el ejemplo de su jefe, que al fin y al cabo había puesto proa al huracán y desafiaba los peligros y aceptaba las desastrosas consecuencias de su política...; los conservadores, luchando entre ellos como herederos mal avenidos... ¿Qué hacer? No se me alcanza.

—Al país, Sancho, al país... y él nos oiga. Prepárense aquí bien pensados proyectos de colonización para asegurar de aquí en adelante la posesión de nuestras colonias... en tanto que se atiende con rápida y segura mano á terminar las guerras. Hágase pronto la suma racional de la enseñanza de modo que sea práctica y provechosa. Organícese por estudio comparativo de los sistemas extranjeros la policía judicial Vayamos abandonando el sistema hacendista de vivir al día... No acepten los partidos á políticos generalizadores y fantaseadores, sino á hombres positivistas que revelen conocimiento concreto de todos los particulares de la política... Bueno es el sosiego... pero vergonzoso el ocio. Si el país vota, procurando antes reunir por sí las secciones, los colegios, los distritos, como corporados libres del gran conjunto electoral...; si en las Cortes en vez de retoricismos y vaguedades hablan fría, racional y positivamente...; presto será el soberano, sin haber vulnerado las leyes, ni haber producido la más leve alteración. Los tiempos de la elocuencia aparatosa y teorizante... han terminado... el último que representaba tales tiempos... ya no existe... Hoy valen pueblos libres... mas que esos fantásticos salvadores llamados por nuestros cándidos predecesores, hombres de estado.

—¿Quedó vuesa merced contento con la arenga? Pues buen provecho le haga... que como á vuesa merced no le aproveche... para nada vale. Créame vuesa merced; á vuesa merced nadie le entiende, ni le atiende.

MÁS MUERTOS

Ha terminado la llamada «tregua del dolor». La gente política no puede perder su tiempo en vanos sentimentalismos que, después de todo, no conducen á nada. Ya han pasado los nueve días que prescriben los estatutos sociales para llorar á los que se nos mueren. Porque hemos llegado á tal situación de progreso, que ya lo tenemos reglamentado todo, ¡hasta el dolor! ¡Y qué cómodo resulta eso de sujetar nuestros sentimientos á un molde común, y sufrir ó gozar con arreglo á tasa previamente convenida, y hacer de nuestro cerebro y de nuestro corazón dos máquinas todo lo más perfectas posibles!

Repitamos la vieja alocución popular: «el muerto al hoyo y el vivo al bollo.» Ya se han secado las lágrimas oficiales; ya se han cumplido los nueve días designados por la Gaceta para llorar al Sr. Cánovas; ya apenas si sus «buenos amigos» se acuerdan de él; ya hay quien dice—¡lo hemos oído nosotros!—que su muerte puede ser una solución para muchos de los conflictos pendientes.

Ahora, la gran preocupación de todos, el gran afán de altos y bajos, es recoger para sí algo de lo mucho que usufructuó en vida el asesinado de Santa Agueda.

Hemos perdido la cuenta de los personajes y personajesillos que se disputan en estos momentos la jefatura del desquiciado partido.

Todos se creen con derecho, ¡hasta el duque de Tetuán, quizás también hasta el mismo Castellano! á dirigir el rebaño conservador.



La viuda de todos los maridos.



Las aves de rapiña.



—A ver quién es el guapo que me disputa la herencia!



El llanto del cocodrilo.



La solución que se prepara.

FÁBULA POLÍTICA



Los dos amigos y el oso.



—¿Si tendré yo que hacer rajas de este cap?



—Y yo mientras tanto, fiel á mi política, sigo rascándome la barba.

Y esta lucha de apetitos desordenados, de ansias miserables, va resultando ya un poco repugnante. ¡Son las eternas aves de rapiña al olor de la carne muerta! Y es cosa de decir á esos eternos logreros de la política: «Disimulad un poco, ¡por dignidad!, vuestros deseos ambiciosos. El pudor sienta bien hasta en las frentes de las hembras prostituidas.»

* *

Nuestras profecías se han cumplido. Muerto Cánovas, murió el partido conservador. Dentro de poco no quedará de él más que el recuerdo—¡un muy triste recuerdo! Ya se inicia la desbandada, y aquel gran ejército—grande por el número—se divide y se subdivide en pequeños grupos. «Grupo de Fulano; grupo de Zutano.» El desconcierto se ha apoderado de las filas. ¿Dónde encontrar una unidad?—dicen los cerros de la mayoría.—¿En Silvela? ¿En Romero? ¿En Pidal? ¡Ninguno de los tres llega siquiera á «cola de león!»

¡Sí; el partido conservador ha muerto, y dentro de poco lo enterraremos.

Ya era hora.

QUISICOSAS

En un pueblo de Castilla, que ignoro cómo se llama, vivían sus habitantes igual que el pez en el agua. Ni conocían la envidia, ni la ambición, ni la farsa, y en aquel bendito pueblo la fraternidad reinaba. Pero sucedió que un día metió el demonio la pata, pues fué al pueblo un forastero y allí, en medio de la plaza, empezó á hablar de política y entusiasmo gritaba: —«Si me sacáis diputado, este pueblo será Janja.» A los pocos días, otro que un gran caballo montaba, entró en el pueblo gritando que si los votos le daban, muy pronto el río del pueblo sería un río de plata. Vinieron las elecciones; hubo lucha encarnizada; y aquel pueblo que vivía igual que el pez en el agua, vive hoy día... ¡como viven todos los pueblos de España!

* *

—Hay que luchar con valor por nuestra Cuba querida, que si se pierde...

—Mejor, porque Cuba...

—Es nuestra vida; en Cuba está nuestro honor. Nuestro honor que nadie empañe; y si una nación extraña quisiera ese honor manchar, sabría el pueblo luchar al grito de ¡Viva España!

* *

Según cuentan, en España murió el jefe de un partido, y todos sus partidarios decían á voz en grito: «No tenemos ambiciones; sólo hay aquí patriotismo, y el jefe puede nombrarse por elección.» Así se hizo. Pero sucedió una cosa: al llegar al escrutinio, resultó que los votantes se votaron á sí mismos.

VICENTE RUBIO.

LANZADAS

No me explico por qué los conservadores lamentan tanto la muerte de Cánovas.

Porque todas las condiciones de hombre de gobierno, de estadista, de diplomático, etc., etc., que se le atribuían, no eran tales condiciones suyas, sino del propio Morlesín.

Prueba al canto:

Lo primero que hizo Azcárraga fué rogar á D. Atanasio que *hiciese* de secretario suyo.

Y Morlesín estuvo varios días haciendo repulgos de monja hasta que Azcárraga, arrojando lágrimas como puños, se echó desconsolado á sus plantas y le dijo:

—¡Inclito D. Atanasio! ¡Por caridad siquiera! ¡O acepta usted ó se derrumba esto!

—Morlesín, después de meditarlo detenidamente, exclamó:

—¡Vamos, le haré ese inmenso favor á este desdichado país!

Y empezó á escribir sobres.

No sé quién será el zapatero de Martínez Campos, pero sea quien sea, ha hecho su agosto.

Según cálculos aproximados de Nido y Segalerva, el «héroe de Peralejos» ha gastado diez pares de botas y ocho medias suelas á consecuencia de los paseos que se ha dado estos días.

El hombre ha conferenciado con Pidal, con Azcárraga, con Sagasta, con Elduayen, con Silvela...

Parecía á la ardilla del cuento. ¡Señor! A lo que ha quedado reducido ese genio de la guerra.

¡A un simple *corre, ve y dile!*

Ahora resulta, según dice la gente, que el indicado para sustituir á Cánovas era el duque de Tetuán, pero que la bofetada que dió á Comas le ha imposibilitado para ocupar tan alto puesto.

He ahí una bofetada con consecuencias.

Primero le hinchó la cara al senador fusionista y ahora le deshinchó el estómago al duque.

Don Carlos, después de comparar á Cánovas con el gozne de una puerta, y de decir que ya se hubiera derrumbado «esto» si su amor á España no le forzara á contener los deseos de sus partidarios, ha añadido:

«Ahora las leyes del inexorable destino reducirán á polvo lo que yo no quise tocar.»

¡Olé ya, la gente de riñones!

Pero se nos ocurre una pregunta:

—¿Qué es lo que hasta ahora no ha querido tocarnos D. Carlos?

Y á propósito de carlistas.

Los de Arés (Castellón), tan pronto supieron la muerte de Cánovas se reunieron para acordar echarse al campo.

El alcalde los detuvo y á poco el cura, que se llama Garulla, reclamó la libertad de los carcas.

¡Pero hombre, qué complaciente debe ser ese alcalde! Porque lo que debió de hacer fué mandar herrar á aquellos imbeciles y hacer fusilar al cura.

Y luego que viniese D. Carlos con Garulla.

Ni con Carulla.

Un periódico norteamericano ha enviado á uno de sus corresponsales á Madrid con objeto de que averigüe cual es el pescado favorito de nuestros más importantes políticos, y he aquí el resultado de sus investigaciones:

Castelar.....	Bonito.
Martínez Campos.....	Merluza.
Aguilera.....	Tiburón.
Sagasta.....	Trucha.
Capdepón.....	Congrio.
Tejada de Valdosera...	Atún.
Castellano.....	Percebe.
Linares Rivas.....	Bacalao.
Sánchez Toca.....	Almejas con Limón.
Peña Ramiro.....	Sagúnas en baggil.
Azcárraga, en particular	Besugo.
El gobierno en general.	Escabeche de Azcárraga.

LAS OBRERAS DE LA MUERTE

A la caída de la tarde, el paseante que recorre la toledana vega, encuentra en el ancho camino, llamado de la fábrica, algunos centenares de muchachas que regresan á la ciudad con la vacía cestita al brazo y el paso ligero y menudo de las obreras que vuelven del taller.

Son las trabajadoras de la *fábrica*; y en Toledo ya se sabe que por antonomasia la fábrica es la de armas, pues no hay otra importante en toda la comarca.

Estas muchachas rubias ó más bien rojas, de lozanas mejillas y miembros robustos, esbeltas y musculosas, blancas, pero de carne fuerte, son las encargadas de la fabricación y carga de los cartuchos Maüser.

Son timidas y dulces como doncellas alemanas; tienen en su mirada la infantil ternura de una Getchén ó una Margarita, saludan con afable sencillez al transeunte, sin permitirse las risotadas, las miradas provocativas ni las burlas insolentes de los rebaños de obreras en otras fábricas; y sin embargo, estas mujeres ingenuas y agradables ganan sus tres ó cuatro reales de jornal fabricando diariamente treinta mil cápsulas que contienen la muerte y la transmiten á largas distancias.

El Estado, buscando baratura en la producción de sus medios de exterminio, ha empleado á la mujer, toda dulzura y poesía, para confeccionar el tiro que arrebató la vida á un inocente, y después, de rechazo, sume en lágrimas á toda una familia.

Asombra la organización de la fábrica de armas de Toledo. Tal vez es la única fabricación del Estado que está á la altura de los últimos adelantos de la mecánica.

El metal se ahueca, formando elegantes cilindros, en cuya base se solidifica el fulminante pronto á estallar; sus plateadas entrañas se indigestan con el explosivo, al que sirve de tapón la cónica bala; y el cartucho, ya formado, se pule y se nikela hasta tomar el aspecto ligero y brillante de un gentil juguete. La mecánica ha realizado sus mayores prodigios para que la fabricación de estos medios destructores se verifique con la más escrupulosa exactitud.

Hay máquinas que parecen seres animados que piensan, pues escogen los cartuchos por calibres, los ordenan, los clasifican y desechan los defectuosos. Hay balanzas que automáticamente los pesan, y basta que falte ó sobre un gramo de pólvora en cualquiera de ellos para que al momento sea arrojado por un resorte al departamento de los inútiles.

Viendo esta fabricación tan minuciosa y tan exacta,

contemplando estos cartuchos modernos, pulidos y brillantes como joyas que parecen el guardaalfileres de alguna hada, se piensa en el arcabucero de hace dos siglos con su bolsa borleada de cuero, donde guardaba la pólvora y las pelotas de hierro, y su humeante cuerda, cuyo extremo ardiente inflamaba la carga del arcabuz.

De aquellos tiempos á los presente va casi la misma distancia que existe entre la hacha de sílex y el fusil Maüser; entre el cazador prehistórico que entraba con su cuchillo de pedernal á luchar con el espantable oso de las cavernas y el moderno soldado que sostiene batallas sin ver al enemigo y tira y tira á ciegas, con calma fría, sin cólera, sin la excitación del combate, esperando que venga á reventarle una granada, como bólido misterioso, desde muchos kilómetros de distancia.

Pero más aún que la maquinaria de la fábrica, asombra la serenidad de sus lindas obreras. Nadie tan valiente como la mujer cuando se familiariza con el pelirrojo.

Sus ágiles dedos tratan los cartuchos con descuidada familiaridad. Son sus amigos, sus protectores, los que les permiten ganarse un mendrugo de pan negro. Manejan la terrible pólvora del Maüser con la misma indiferencia de la dama que toca en su tocador los perfumados polvos de velutina; apilan los cartuchos como niñas que se divierten con juguetes; comprimen su carga sin temor á las explosiones, y para probar la solidez de un proyectil lo golpean rápidamente, pasando á cen tenares como un rosario de plata, por entre sus manos, siempre en movimiento.

De vez en cuando la muerte se cansa del juego; se irrita contra estas buenas mozas que la manejan y tratan como cosa de risa, y cual trémendo aviso, hace estallar algún cartucho en medio de la franca alegría del taller. La bala, con espeluznante silbido, va á clavarse en el grueso blindaje en el que se apoya la obrera; una, cuantas pulgadas de acero impiden que el proyectil perfore un pecho de virgen ó un vientre de suave y armoniosa curva, aún no deformado por el calor de la fecundidad; calla el taller un instante, palidece un poco la pobre muchacha; pero ¡qué demonio! estos accidentes pasan casi todos los días, hay costumbre de verlos, no se gana el pan sin fatigas ni riesgos, é inmediatamente renace la animación del trabajo, el bullicio de los que están resignados con su suerte y tienen fuerza y juventud para burlarse de la miseria.

¡Hermosas fabricantes de la muerte! ¡Valerosas obreras de la destrucción! Al ver sus manos delicadas, que debían empuñar la aguja ó acariciar niños, cargando cartuchos y manejando pólvora, se piensa en la isla de San Baladrán, y hasta se considera en un falso arrebatado de lógica que el ejército debía componerse de amazonas.

Fabrican durante el día unos cuantos centenares de píldoras de la muerte, y por la noche guisan la cena de la familia y piensan en el forjador de sables y bayonetas, que es su novio, y con el cual bailan los domingos.

Famosos matrimonios los que se ven en Toledo. Comen de la muerte, y ellos que se esfuerzan por mantener á sus hijos, y apenas salen de la fábrica corren á casa para comérselos á besos, no piensan que lo que diariamente sale de sus manos, lo que les da el pan, está destinado á cortar, perforar y despedazar sobre el campo de batalla á otros hijos, cuyos padres agonizarán de dolor al recibir la fatal noticia.

Sin que ellos se den cuenta, viviendo felices y contentos, el desacuerdo y la hostilidad matrimonial surge á muchas leguas de distancia. ¡Cuántas veces la bala ajustada por la mujer habrá agujereado la cabeza del jinete que avanza esgrimiendo amenazante el sable forjado por el marido!

Viendo trabajar á estas risueñas muchachas asaltan la imaginación mil dramas desconocidos; se marcan y colorean en la sombra mil escenas que pueden desarrollarse en el porvenir; se experimenta la impresión del que se asoma á una sima lóbrega, en cuyo fondo no se sabe lo que puede encontrarse.

El cartucho que en este momento se forma entre sus dedos, rodará por parques y guarniciones. ¿Quién sabe cuándo lo sacará el soldado de su bolsa para encajarlo en el fusil?

No todas las guerras son contra los enemigos de la patria: hay motines donde corre la sangre; el tiempo presagia revoluciones que cubrirán de cadáveres las calles. Y tal vez esa bala que ella ajusta escrupulosamente para que la fuerza y exactitud del tiro sea más fatal, está destinada á despedazar su corazón de hija del pueblo, á matar á su marido, á destrozar á los parientes que ama.

Nada hay en el mundo de extraordinario ni inesperado. La vida, con ser vulgar y monótona, resulta atentamente considerada la más maravillosa de las novelas.

BLASCO IBÁÑEZ.

Imprenta de Antonio Marzo, Apodaca, 18.